

Los militares latinoamericanos

El sistema capitalista tiende, "intrínsecamente", a recortar la legitimidad de las instituciones armadas, reduciéndolas a una suerte de "instrumento de seguridad"... el "diablo" necesario pero deseable, que debe cuidar a la sociedad ejerciendo la violencia o la amenaza, pero que carece de legitimación propia. Juan Rial.

Los militares han tenido una presencia permanente en la historia latinoamericana, al menos desde la formación de la república. A lo largo del siglo XX, su incidencia ha sido decisiva en la configuración de la vida política e institucional de cada uno de los países del continente. En buena medida, los estados latinoamericanos —por lo menos hasta fines de los ochenta— se configuraron al amparo del poder castrense, cuyo influjo se hizo sentir con mayor fuerza hacia mediados de los años sesenta, cuando se inauguraron los regímenes burocrático autoritarios, a partir del golpe de Estado de los militares en Brasil, en 1965.

Siguiendo a Pablo González Casanova, podemos decir que, hasta antes de 1965, la irrupción de los militares en la vida política latinoamericana se caracterizó por los siguientes rasgos. A partir de 1880 y hasta la segunda guerra mundial emergió un sistema de dependencia nuevo, en el cual las facciones de la burguesía y la oligarquía lograron imponer su dominio socio económico, a través de los regímenes militares que condujeron el aparato estatal. Esta fase histórica es conocida como la del "imperialismo". En ella, el capital monopolista se convirtió en uno de los ejes centrales de la expansión del capitalismo internacional, que para los países de la región se tradujo en "una política de

concesiones y apoyo a la expansión de las plantaciones y las empresas de enclave, y a través del desarrollo, la articulación y la fusión del capital local y el monopolio en el transporte, la minería y la incipiente industria" (P. González Casanova, *Los militares y la política en América Latina*, México, 1988, p. 17).

El régimen militar —según González Casanova— se constituyó en *mediador* entre las burguesías locales y las extranjeras, interesadas en la acumulación de capital y la dominación del trabajo. Asimismo, cuando las exigencias de la acumulación capitalista y la dominación del trabajo generaban protestas populares y, con ello, desorden social y político, los militares, como guardianes del poder que eran, por la vía del golpe de Estado, asaltaban el gobierno e imponían un orden *de facto* hasta que el descontento social se aplacaba. "Durante este período, la mayoría de los dictadores sustentaron generalmente la ideología de la civilización, del progreso y de la modernización como base de la legitimidad de su poder. Algunos hasta pretendieron ser los heraldos de la democracia" (*ibid.*).

En la segunda postguerra, de 1948 a 1958, aparece un nuevo tipo de militar, el cual se haya

íntimamente ligado a lo que se dio en llamar el panamericanismo, que no era sino la expresión de “la estructuración de un sistema de dependencia continental que fusiona los ejércitos y empresas nacionales y transnacionales bajo el liderazgo de Estados Unidos y de las corporaciones económicas y financieras” (*ibid.*). Asimismo, el panamericanismo no sólo fue expresión de esa transformación de las relaciones económicas internacionales, sino también de un proyecto político ideológico, que tenía como sus objetivos principales la “defensa de la democracia” y la “lucha contra el comunismo”. Fue justamente en el marco de estos objetivos que se firmaron, en 1947, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y el Acta de Seguridad Mutua de los Estados Americanos, en 1951, documentos que sentaron las bases para la cooperación estadounidense con los ejércitos latinoamericanos.

La firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca tuvo un significado político y militar enorme por cuanto que a través de él se legitimó la intervención militar de Estados Unidos en cualquier país latinoamericano. Precisamente, el tratado pretendía “asegurar la paz por todos los medios posibles, proveer ayuda recíproca efectiva para hacer frente a los ataques militares armados contra cualquier Estado latinoamericano y conjurar las amenazas de agresión contra cualquiera de ellos”.

Consecuentemente, esta es la época en la cual se firmaron importantes acuerdos bilaterales, que permitieron a miles de oficiales y personal técnico asistir a cursos de entrenamiento en Estados Unidos o, hasta 1984, en la Escuela de las Américas (Fort Gulick), en el Canal de Panamá. Un aspecto crucial de la preparación de los militares latinoamericanos en Estados Unidos o en la Escuela de las Américas tiene que ver con el aprendizaje de las técnicas contrainsurgentes o de “guerra especial”, entre las cuales ocupaban un lugar importante los “métodos de interrogatorio” (de tortura), orientados a combatir la “amenaza comunista”. El siguiente diálogo de un periodista con un ex boina verde ilustra el carácter de este aprendizaje:

Periodista: Tú me hablaste de unos cursos de interrogatorio... ¿Qué les enseñan? ¿Qué técnicas de interrogatorio?

González: Cosas prácticas. Te aplastan los dedos, te meten palos de fósforo debajo de los uñas...

Periodista: O sea, ¿a ustedes también los torturaban?

González: Claro. Ellos mismos, los instructores. Nos preguntaban por el nombre... “¿Cómo te llamas?”. “Matrícula de guerra... qué se yo... 36-5046, tercera división”. Nada más, eso no más había que decir....

Periodista: ¿Ellos mismos, a su propia gente la quemaban?

González: Claro. En el estómago, en la zona genital... Bueno, mucha gente hablaba. Otros no. Te pegaban... O sea, querían conseguir que tú no hablaras. Te diré que lo conseguían...

Periodista: ¿Y a ti te torturaron?

González: Sí.

Periodista: ¿Cuántas veces?

González: Como tres o cuatro veces.

Periodista: ¿Y te hicieron todas esas cosas que me acaba de contar?

González: Claro.

Periodista: ¿Cómo eran las clase teóricas de interrogatorios? ¿Qué les enseñaban?

González: Que el individuo, cuando está frente a un uniformado, tiene miedo... Porque el individuo que uno captura, el guerrillero, es alguien que está fuera de la ley. Y uno está defendiendo la ley y tiene el poder, la fuerza. Entonces el individuo tiene miedo por esa razón. Segundo, ese tipo va a usar todos los métodos habidos y por haber para *no* hablar. Porque él sabe que, si habla, como está fuera de la ley, la ley lo va a castigar. Entonces, yo tengo que demostrarle que la ley no es mala. Que la ley es justa. Aunque después le tiren veinte años de cárcel o lo fusilen, si estamos en estado de guerra, yo tengo que convencerlo de que tiene que hablar.

Entonces, ¿cuáles son los métodos? Primero, tengo que ser duro, hasta que lo canse con mi dureza, demostrándole que soy yo quien manda, porque tengo la fuerza. Después, otra persona tiene que ser blanda con él. Decirle: mi amigo, di esto, declara lo que él te pide, porque si no lo haces, el único perjudicado eres tú. Y después venía la otra fase. La tortura.

... Hay que dejarlo que sufra bastante tiempo, y piense sufriendo... Si tú lo cuelgas con una lienza de esas bien delgadas, lo tomas de la coyuntura de los dedos y lo haces empinarse en la punta de los pies, y haces que la lienza no le dé tiempo de volver a empinarse en los talones, y lo cuelgas desde el techo, desde una viga... Bueno, el tipo queda colgado por la punta de los dedos. Se le adormecen los dedos, se le detendrá la sangre, y sufre grandes dolores. A la vez, lo que tú le estás haciendo no es fuerte, no es para matarlo. Al tipo, bueno, no le quedan más que dos cosas: pensar y sufrir. Buscar cuál es el camino para que se corte la lienza; y para cortar la lienza, tiene que hablar (F. Rivas y E. Reisman, "Qué se estudia en Fort Gulick").

Pero los militares latinoamericanos no fueron a Estados Unidos a aprender únicamente técnicas contrainsurgentes, sino también el nuevo rol que les competía en la defensa de sus respectivas naciones, así como también en la defensa del "mundo libre". Si en la primera fase de la presencia militar en América Latina, los ejércitos fueron "mediadores" entre las burguesías nacionales y extranjeras, al mismo tiempo que un instrumento al servicio de los sectores dominantes para contener las protestas populares, a partir de la segunda fase, los militares latinoamericanos comenzaron a autoconcebirse como lo más fundamental de la sociedad: ellos son los únicos que pueden garantizar la "supervivencia nacional", amenazada por el "cáncer comunista". Estamos en los albores de la Doctrina de la Seguridad Nacional, que se convertirá desde 1965 —año en que se inician los regímenes burocrático autoritarios, con el golpe de Estado militar en Brasil— en la cosmovisión que justificará y dará sentido al poder cuasi absoluto de las fuerzas armadas.

El supuesto fundamental de la doctrina de la seguridad Nacional —muchos de cuyos elementos fueron inicialmente desarrollados por pensadores pangermanistas de fines del siglo pasado y por ideólogos del nazismo durante el primer cuarto del siglo XX— era justamente la *supervivencia nacional*, la cual sólo podía ser garantizada por una concepción clara del *desarrollo nacional* y por una concepción no menos clara de la *seguridad nacional*. Para el primero era imprescindible diseñar e implementar las siguientes políticas: una política económica antiestatista y mercadocéntrica, una política social privatizadora de los servicios públicos, una política educativa que eliminara las disciplinas críticas —como la sociología y la historia— y una política psicosocial para enfrentar las ideologías "extrañas" en los terrenos más proclives para ello como los medios de comunicación, los círculos de amistad o la familia.

Para lo segundo, había que valerse, ante todo, de la *geopolítica*, es decir, de la "ciencia que estudia la influencia de los factores geográficos en la vida y evolución de los estados, a fin de extraer consecuencias de carácter político" (J. E. Atencio, *Qué es la geopolítica*. Buenos Aires, 1965, p. 41). Desde la geopolítica, se impuso una visión de la geografía mundial dividida en dos bloques —este y oeste, comunismo y mundo libre— opuestos irreconciliablemente y en una lucha permanente, motivada por la expansión de los estados no libres, ateos y antidemocráticos —encabezados por la desaparecida Unión Soviética— y la necesidad de los estados libres, cristianos y democráticos —encabezados por Estados Unidos— de defenderse de ese expansionismo. Esta defensa exigía, en segundo lugar, una *geoestrategia*, es decir, una estrategia global para contener la amenaza comunista, uno de cuyos elementos centrales era la "guerra total". El mundo libre debía prepararse para una guerra total contra el mundo no libre. Estos preparativos suponían no sólo el fortalecimiento de su poderío militar, sino el desplazamiento de ese poderío por la geografía occidental, especialmente en las zonas más sensibles a un ataque comunista.

Ambas cosas —el fortalecimiento del poderío militar occidental y su desplazamiento en el mun-

do libre— abrían las puertas a un conflicto que, de desencadenarse, terminaría con la humanidad en su totalidad, es decir, comunistas y no comunistas, ateos y cristianos, orientales y occidentales. Mientras ese conflicto no se desencadenara y diera lugar a batallas militares, que necesariamente comprenderían un componente atómico, lo que existía era una guerra no declarada, un juego militar de amenazas y demostraciones simbólicas de fuerza y poder. Es decir, lo que existía era la “guerra fría”. La Organización del Tratado del Atlántico Norte y el pacto de Varsovia constituían los ejes militares de cada uno de los bloques confrontados.

Por otra parte, si a nivel mundial se libraba una “guerra fría”, en América Latina —según la doctrina de la seguridad nacional— se libraba una “guerra caliente”. Si a nivel mundial el avance comunista era solamente una amenaza —contenida por el poderío militar occidental—, en América Latina el avance comunista era una realidad, como lo demostraban el triunfo de la revolución cubana (1959), el triunfo electoral de Salvador Allende en Chile (1970) o las demandas socialistas que se propagaban desde las universidades. Como se puede leer en un documento de la época de la Academia Superior de Guerra de Brasil:

- a) Estamos viviendo en una época de conflicto, de una sistemática revolución mundial entre comunistas y capitalistas o entre comunismo y democracia.
- b) El comunismo internacional, bajo el liderazgo de la URSS y, ahora ya, de China, considera a EEUU como enemigo número uno y para destruirlo esbozó una estrategia mundial de acción indirecta, dirigida a su expansión en Asia, en Africa y en América Latina.
- c) A consecuencia de sus condiciones propias y de las actividades del comunismo internacional, América Latina vive situaciones de intranquilidad y agitación subversiva en diferentes grados de intensidad en los diversos países que la componen.
- d) Tres son las fuentes de inspiración del comunismo en América Latina: la URSS, China y Cuba.

e) El comunismo viene creciendo en el hemisferio americano, principalmente a partir de la ascensión de Fidel Castro (Academia Superior de Guerra de Brasil, “Orientación general del planteamiento de la seguridad nacional”).

América Latina estaba viviendo una “guerra interna” desencadenada por la ofensiva comunista o, en el lenguaje de la época, por la “lepra roja”. Dicha ofensiva obligaba a utilizar las medidas pertinentes para contenerla. Entre estas, por supuesto, ocupaban un lugar privilegiado las medidas militares, que en el caso de Chile, durante el primer año de la junta militar encabezada por Augusto Pinochet, “provocaron unas treinta mil a cincuenta mil víctimas, mientras que noventa mil chilenos (sobre una población de nueve millones) fueron arrestados” (A. Rouquié, *El Estado militar en América Latina*. México, 1984, p. 290). Pero no bastaba con ello, es decir, no bastaba con la represión y el terrorismo para defender a las “instituciones democráticas”, había que reconocer que sin un nivel de desarrollo adecuado, la seguridad de la región no podía ser resguardada por mucho tiempo. En palabras del general argentino Osiris Villegas,

Para la república, el desarrollo se convierte en la hora actual, en condición indispensable para la seguridad; porque el desarrollo proporciona los factores con que se actúa en la protección de los intereses vitales de la nación. La armonía social, de la que depende el orden interno, está condicionada, entre otros elementos, a una justa distribución de la riqueza, sólo posible cuando existen las condiciones ambientales necesarias para generar riqueza... El logro de estas irrenunciables exigencias de desarrollo y seguridad requiere, como condición necesaria, la existencia de una firme y compartida voluntad de cambio para superar anacrónicas estructuras políticas, sociales y económicas que, oponiéndose a la realización de un país moderno y pujante, han conducido a un prolongado estancamiento (“La seguridad y su implicancia en la política y estrategia nacional y en las políticas y estrategias sectoriales”).

Así, los militares asumieron el desafío que

significaba propiciar el desarrollo y la modernización de sus respectivas naciones. El eje económico de este relanzamiento de las sociedades latinoamericanas fue, por un lado, un drástico proceso de desestatización de la economía y, por el otro, una "liberación" no menos drástica de las fuerzas del mercado. Como sostiene Alain Rouquié, refiriéndose al caso de Chile,

Los generales facciosos decidieron aplicar una política inversa a la de sus adversarios en materia económica, para justificar su poder y responder a las expectativas de sus aliados civiles. Así como golpearon fuerte en el terreno de la represión política, aplicaron una política de *shock* en materia económica. El modelo de los *Chicago boys*, al restablecer las leyes "naturales" violadas por los "totalitarios", le impusieron al país los sufrimientos redentores a la medida de las bienaventuranzas pasadas... Por otra parte, la mercantilización generalizada y la desestatización de numerosas instituciones

y actividades privatizan las reivindicaciones sociales, con lo cual se pone fin a la acción colectiva y, quizá, política. Esta "revolución capitalista", esta desestructuración del tejido social, es la que debe, en palabras del general Pinochet, asegurar "un futuro sin sobresaltos ni temores" (A. Roquié, *ibid.*, p. 293).

En definitiva, los militares eran los responsables últimos de la seguridad y del desarrollo latinoamericano. Pero no sólo eso, eran también responsables del destino de occidente, en cuanto que la región constituía un punto de avanzada del comunismo hacia el corazón del sistema: Estados Unidos. Si esto era así, la acumulación de poder económico y político en manos de los militares latinoamericanos estaba más que justificada. Asimismo, cualquier decisión tomada por ellos en cualesquiera de los ámbitos de la vida social no podía ser cuestionada, ya que ello suponía no sólo estar en contra de la seguridad y del desarrollo nacionales, sino en contra de la civilización



occidental y cristiana.

Hacia fines de los años setenta, en materia económica, los militares contaban en su haber con un cierto "éxito" en la implementación de medidas de ajuste estructural, acompañadas, por supuesto, de ingentes costos sociales, entre los cuales las reducciones salariales y los altos niveles de desempleo ocupan los primeros lugares. En el terreno político, podían preciarse de haber detenido el avance del comunismo, lo cual, en términos prácticos, quiso decir que no sólo desaparecieron, torturaron y asesinaron a cientos de miles de opositores políticos, sino que prohibieron la existencia de sindicatos y partidos políticos, clausuraron parlamentos y violentaron a su anotojo la constitución política. En una palabra, no sólo quebraron las estructuras de la sociedad civil, sino que también rompieron las estructuras democráticas consolidadas antes del advenimiento de las dictaduras militares. El "orden" fue reestablecido al precio de desmembrar la sociedad civil y destruir la democracia.

En la década de los ochenta, el clamor por la restauración democrática se fue volviendo cada vez más incontenible, al paso que la sociedad civil, lentamente, se reconstituía y hacía sentir su voz. Los militares fueron desarmados por una demanda que no podía ser calificada de "totalitaria" o "extremista" y en la que, además, se com-

pactaron prácticamente todos los actores políticos, económicos y sociales. Se iniciaron así las transiciones a la democracia en América Latina, las cuales terminaron coincidiendo no sólo con una creciente mundialización de la economía capitalista, sino con el colapso del bloque socialista.

Finalizada la guerra fría, la "amenaza comunista" ya no justifica la concentración de poder en manos de los militares latinoamericanos. Las exigencias de competitividad de la economía internacional ya no justifican la asignación excesiva de recursos a un sector que por naturaleza es improductivo. Más aún, en la reestructuración de la economía internacional de las últimas décadas, las fuerzas armadas no tienen un lugar definido, e incluso ese proceso pone en evidencia no sólo la obsolescencia de la carrera militar, sino también la necesidad de reorientar las asignaciones presupuestarias destinadas al estamento castrense hacia áreas claves del desarrollo nacional. Los militares lo tuvieron todo; ahora, están perdiendo aceleradamente el poder económico y político que acumularon durante décadas. Peor aún, su existencia misma está siendo puesta en cuestión por un proceso absolutamente ajeno al enemigo que siempre temieron. El siglo XXI augura, al menos en este punto, algo bueno para las sociedades latinoamericanas.

L. A. G.